

siguiente, la enfermedad habia redoblado y, contra el parecer de los que le rodeaban, quiso levantarse. Aumentóse su debilidad durante el día, comulgó por la tarde, y pasó la noche tendido sobre su lecho. Lainez y otros dos religiosos se mantenian en pié á su lado. Encima su cabeza habia un crucifijo, á sus piés el libro de las *Constituciones* entreabierto; sobre una mesa, junto á su lecho veíase una esfera. Conociendo que el momento supremo se acercaba, Loyola se incorporó, indicó con el dedo á sus tres discípulos las *Constituciones*, y en seguida con voz que la muerte hacia sorda, murmuró, pero tan débilmente que apenas se oyeron, estas palabras: — Os lego el mundo!

«Y se durmió para la eternidad.»

«Se le enterró en el convento de Jesus, y se escribió sobre la piedra de su tumba este epitafio:

«*Quien quiera que seas que te representes la imagen del gran Pompeyo, de Cesar ó de Alejandro, abre los ojos, y verás bajo este marmol que Ignacio ha sido mas grande que todos estos conquistadores.*»

IV.

LOS HIJOS DE LOYOLA.

A los celosos apóstoles que, obreros de Dios, trabajaban contra las doctrinas de Lutero en Alemania, fueron á unirse bien pronto otros Jesuitas. Sus inmensos trabajos entonces, confunden la imaginacion; sus triunfos se sucedieron sin intervalo y el emperador Fernando II se vió obligado á confesar que á los dos Jesuitas Canisius y Hoffaeus, debia la fé una gran parte del imperio.

En seguida vinieron cien instituciones, cien colegios, cien universidades y



Escultura de Ignacio de Loyola

siguiente, la enfermedad había cesado, y, contra el parecer de los que le visitaban, quiso levantarse. Sintióse su debilidad durante el día, comulgó por la tarde, y por la noche se echó sobre su lecho. Lainez y otros dos religiosos se mantuvieron en pie á su lado. Encima su cabeza había un crucifijo, á sus pies el libro de las *Constituciones* entreabierto; sobre una mesa, junto á su lecho veían sus discípulos. Conociendo que el momento supremo se acercaba, Loyola se incorporó, y con el dedo á sus tres discípulos las *Constituciones*, y en segunda vez que la muerte hacía 소리, murmuró, pero tan débilmente que apenas se oyeron, estas palabras: — Os lego el mundo!

Y se durmió para la eternidad.

Lo enterró en el convento de Jesús, y se escribió sobre la piedra de su sepulchro este epitafio:

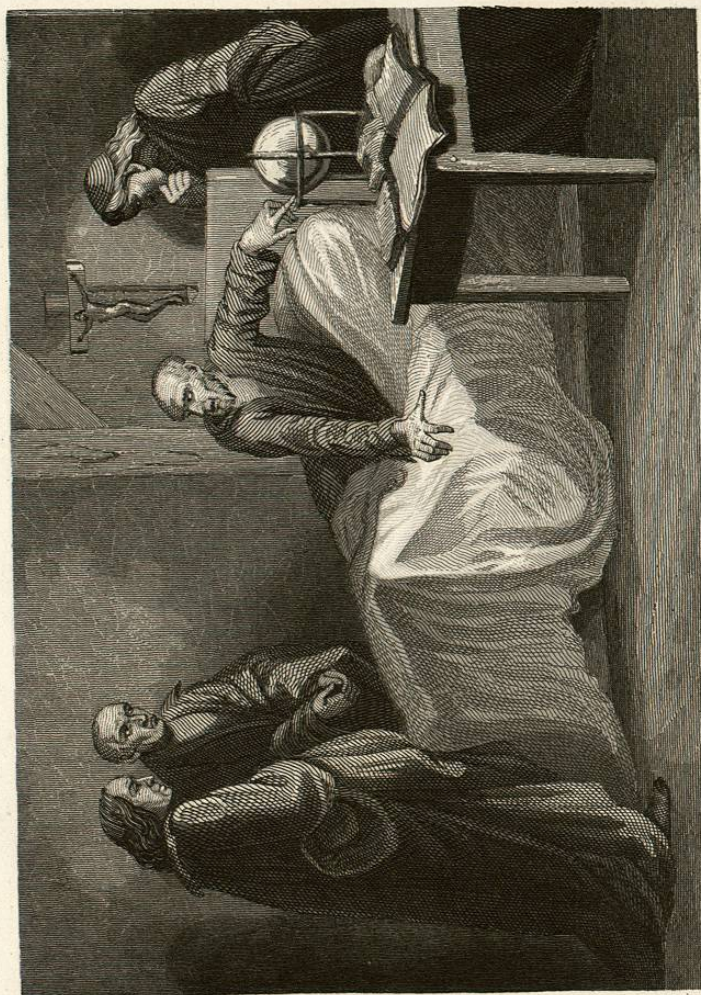
«Cien quiera que seas que te representes la imagen del gran Pompeyo, de César ó de Alejandro, ábre los ojos, y verás bajo esta mármol que Ignacio ha sido mas grande que todos estos conquistadores.»

IV.

LOS SIGLOS DE LOYOLA.

A las primeras escuelas que, obreros de lios, trabajaban estas las doctrinas de Letera, fueron á unirse bien pronto otros Jesuitas. Sus inmensos trabajos, sus tareas, su imaginación, sus estudios se sucedieron sin intervalos. En 1564, cuando se ve obligada á confesar que á los dos Jesuitas Casiano y Lainez debió la gran parte del imperio.

En segundo lugar, las *Constituciones*, cien colegios, cien universidades y



Muerte de Ignacio de Loyola.
Y anunció estas palabras: «Os lego el mundo.»

seminarios fundados en todas partes para probar el desarrollo de la Compañía.

Sin ejemplo en la historia de las órdenes religiosas, fué la rapidez del progreso de los Jesuitas. Una vez introducida esta orden en España, se esparció por Italia, principiando por Ferrara. En 1548 se estableció en Palermo y Mesina, y en 1550 en Baviera.

Julio III confirmó la orden y la enriqueció con grandes donativos de la tesorería apostólica. Dos años despues fundó un colegio alemán en Roma, y á esta época ya contaba con iguales establecimientos en casi todas las ciudades de la Europa civilizada. Sus misioneros habian penetrado en Africa, en la India y en América. En 1553 se presentaron en Chipre, Constantinopla y Jerusalem y llegaron hasta la China y la Abisinia, abriendo y trazando caminos nuevos y vírgenes al Evangelio.

Solo la Francia se mostró algo alarmada en sus principios y rehusó admitirles, pero fué invencible el teson de los sucesores de Loyola y así es que en febrero de 1564 se abrió en Paris un colegio.

Diego Lainez habia sido el general nombrado á la muerte de San Ignacio.

Este hombre famoso, el primer legislador como puede llamarse de los Jesuitas, ha sido bien diversa y bien contrariamente calificado.

San Ignacio, que sabia á todo lo que llegaba el varonil talento y la irresistible elocuencia de este hombre, le habia mandado al concilio de Trento donde brilló de tal modo, que habiendo caido enfermo, el concilio suspendió sus sesiones hasta que restal deido Lainez pudiese asistir á ellas para ilustrar con sus luces las controversias que se suscitasen. Y al mismo tiempo, ese teólogo, considerado como uno de los mas grandes hombres de su siglo, viviendo en el hospital de Trento, barría las salas, catequizaba los niños, servia á los enfermos y les cuidaba, y pedia limosna para vivir. Ignacio se lo habia prescrito: queria siempre encontrar la humildad apostólica al lado del celo y de la ciencia.

Lainez introdujo algunas variaciones en los estatutos de San Ignacio y bajo su generalato la compañía alcanzó un grado inmenso de esplendor.

Muerto en 1561, sucedióle Francisco de Borja, español tambien como sus dos antecesores, el mismo que nacido en medio de la mas brillante opulencia, abandonó la corte de Carlos V, dejó el virreinato de Cataluña y despreció el título de duque de Gandia para ceñir la túnica negra de los hijos de Loyola.

Ningun general comprendió quizá como San Francisco de Borja el pensamiento de Ignacio de Loyola. Dulce fué su gobierno, y la Compañía le cuenta, enorgullecida, entre sus mas caros hijos.

En el entretanto, los Jesuitas esparcidos ya por todo el mundo tenían un colosal monumento en el edificio que había levantado el humilde soldado de Pamplona, el austerísimo penitente de la gruta de Manresa.

Francisco Javier el amigo, el discípulo de Ignacio, había ya en vida de este cumplido su carrera extraordinaria. Fuéle dado á este hombre, grande bajo todos conceptos, renovar todos los mas asombrosos prodigios del establecimiento primitivo del cristianismo, teniendo, como dice un escritor, la dicha de dar á la unidad católica mas pueblos é imperios de los que le había arrancado en diversas épocas la reforma. En efecto, convirtió cincuenta y dos reinos, arboló el estandarte de la cruz en una estension de tres mil leguas, bautizó con su propia mano mas de un millon de mahometanos ó idólatras, por él se cubrieron las Indias y el Japon de florecientes iglesias, y su apostolado fué dulce, austero, simpático, divino.

Francisco Javier, en el ardiente celo de su caridad, había sin cesar suspirado por la conquista de la China; allí se dirijia, cuando la muerte le sorprendió en una cabaña abandonada en la isla de Sacian.

La vida de este hombre fué un poema, un verdadero poema cristiano. Paulo V le beatificó en 1619 y Gregorio XV le canonizó en 1622.

Los protestantes han ensalzado á San Francisco Javier tanto como los católicos. Baldeus dice que se le debería estimar y honrar no á otro San Pablo.

Gloria eterna de la Compañía, San Francisco Javier vivirá mientras haya hombres.

Siguiendo sus huellas, el P. Ricci, Jesuita, pisó el primero el inhospitalario suelo del celeste imperio y, despues de trabajos inauditos, de duras penalidades, consiguió por fin franquear la entrada á los predicadores del Evangelio.

Numerosas colonias de cristianos se formaron tanto en las Indias como en la China, fundadas y reglamentadas por la Compañía. El Asia ofreció á esas generaciones de apóstoles inmensas estensiones entregadas á las espesas tinieblas de la idolatría. Al mismo tiempo que la Compañía enviaba sus misioneros á la China, al Japon, y á las Indias, trabajaba tambien incesantemente con objeto de conquistar para el cristianismo las islas de Sonda, el Thibet, el Mogol, la Tartaria, la Cochinchina, el Camboge, la Persia y otras comarcas; lo que formaba un total de ciento cuarenta y cinco establecimientos de misioneros Jesuitas en la superficie del Asia.

El P. Ravignan asegura que se formaria una biblioteca numerosísima con las obras de los Jesuitas sobre los diversos pueblos del Asia, sus orígenes, sus lenguas, sus costumbres, su historia, sus artes y sus instituciones.

El capítulo de las misiones es quizá el mas brillante de la Compañía. Admira, asombra, fascina verdaderamente ver á comarcas enteras caer á los piés de los misioneros, abrazar la cruz arbolada por ellos, y recibir con el bautismo de la fé, el de la instruccion y de la civilizacion.

La tierra revelada por Colon á los conquistadores de Granada, llegó á ser para los Jesuitas un vasto escenario donde rivalizaron en esfuerzos apostólicos; así es que seria imposible describir todos los sufrimientos, todos los sinsabores, todas las penalidades, todos los martirios que tuvieron que soportar para endulzar las costumbres de la conquista, para arrancar las hordas salvages á sus supersticiones y á su barbarie.

Las misiones del Canadá produjeron frutos admirables y dieron á la cruz numerosos mártires, y ahí está Chateaubriand para decirnos en su inmortal *genio del cristianismo* todos los trabajos de Hércules que, coronados por los mas bellos triunfos, llevaron á cabo los Jesuitas en el Paraguay.

A mas de las misiones, tenían los Jesuitas otros cuatro medios para conseguir su objeto de defensa de la religion y engrandecimiento de la fé, á saber: la educacion de la juventud, la predicacion, el influjo de la Compañía y la estirpacion de las herejías.

Estos eran los cinco medios que hicieron de los Jesuitas unos apóstoles, pues que eran tambien los medios mismos empleados por los discípulos de Jesus.

Todos estos medios tenían un solo y universal objeto.

El de la salvacion de las almas.

Así pues, miraban con particular predileccion la educacion de la juventud.

Federico II de Prusia ha dicho de los hijos de Loyola en una carta á Voltaire:

«He conservado esta orden, buena ó mala, tan herege como soy y aun incrédulo, y estos son los motivos: en nuestros paises no se halla algun literato sino entre los Jesuitas, no tenemos personas capaces para enseñar los cursos. Ni tenemos padres del oratorio ni de las escuelas pias. Era pues necesario, ó conservar los Jesuitas, ó permitir que pereziesen todas las escuelas. Debía pues subsistir la orden para proveer los profesores á proporcion que se disminuyesen los Jesuitas. Ellos pueden subsistir con los productos de su fundacion, pero estos mismos productos no bastarian para la dotacion de profesores laicos. A mas de esto, en la universidad de los Jesuitas es donde se instruyen los teólogos para los curatos. Si se hubiese suprimido la orden, no habria subsistido la universidad, y nos hubiéramos visto precisados á enviar á los silesianos á es-